

RECUERDOS DE LA MONTAÑA



Conferencia dada en la Sociedad «Laurak-Bat»,
de Buenos Aires, por el presbitero
don Francisco R. Laphitz

Empiezo por daros las gracias, por el honor que me habeis hecho ai incluirme en el programa de este tan hermoso festival, y por brindarme la ocasión de evocar recuerdos de las montañas orígenes, de aquéllas donde se anida nuestro pensamiento, eternizando á io lejos la expresión sincera de nuestro corazón:

«Sol de mis esperanzas
y mis amores
vive siempre escondido
tras esos montes
donde todas las tardes
el sol se esconde.
Si no te ven mis ojos
nada te importe
que mi alma te envía
sus bendiciones,
sus bendiciones
que son la expresión santa
de sus amores!»

No vengo con un discurso; aquí no estaría en carácter; vengo simplemente elheka-artzerat; á conversar. Quiero, debido á un violento vuelco de la imaginación, creer, que aquí no hay más luz que la producida por la crepitante llamarada de un tronco enorme que se consume por entregas semanales, que en las paredes, por toda decoración, hay un inmenso armario ennegrecido por el uso de los siglos; una estantería desde la cual relampaguea una interminable vajilla blanca: en el rincón, en el corazón mismo del muro, dos cántaros de barro ó de madera con refuerzos de bruñido cobre; tras de la puerta un fusil de chispa, de mucha historia, con un aire malicioso de contrabandista; sobre las llamas rueda el parderá, suspendido del laatza, y en su seno ya las castañas se alijeran y despiden un tufillo delicioso; el pitarra ó el sagardua, circula entre una numerosa familia de menditarra; los cuentos chisporrotean que es un encanto; porque bien lo dijo el poeta:

«De las cosas del mundo
son las más dulces
los cuentos que se cuentan
junto á la lumbre
junto á la lumbre
donde hay cabezas rubias
y ojos azules»

No quiero olvidar el chakurra dormido á pierna suelta en medio de la habitación sería un olvido imperdonable; no se completa una escena vascongada sin ese símbolo de la lealtad, aunque de ordinario lleve no apelativo nada glorioso, pues lo suelen llamar, kukusua, ohoina, y goskhila; quiero hacerme la ilusión de que nos encontramos en el hogar, en el sukaldea: y allí veo y escucho, todo el alma de mis recuerdos.

El esfuerzo que os pido hagais, para conseguir esa composición viendo el lugar, es enorme; desde este palacio del «Laurak-Bat», aparece un tanto borrosa, aquella etchea aiten aitez kantatua ta aphaindua en su austera blancura y su sencilla aunque señorial apostura; el trabajo que os doy me lo perdonareis porque os prometo traer á esta reunión, aromas de las liliak, gorjeos del erregue siñola, rumores de los haritzak murmullos de los errekkak, truenos del itsasoa y esos relámpa-

gos de notas, esas arremetidas ascensionales de una energía en triunfo, el aurrera y el irrintzi.

He escuchado más de una vez, una afirmación grosera herir una de las glorias indiscutibles de nuestra raza: y no he escuchado con el rigor que mereciera la verdad y deseara mi corazón tronar el escarmiento: se ha afirmado y se ha pretendido probar que los vascos no tenemos poesía; he ahí la afirmación; ¿pruebas? ninguna, porque simplemente las pruebas no existen; cuando se quiere deprimir, no hacen falta los razonamientos; basta tener el mal gusto de un niño que se entretiene en hacer pelotitas de barro y en lanzarlas contra un espejo.

¿Qué es la poesía? Ya la definió Campoamor de la única manera definible: «la poesía, eres tú». Esto es, aquello que hace abrir las pupilas como grandes y sedosas flores negras, aquello que siembra palideces de admiración en el rostro y temblores de alabanzas en los labios; aquello que seca la garganta en una ráfaga de ansias en delirio y humedece el corazón con una lágrima de satisfacción; aquello que cautiva, deleita, embriaga y sugestiona; ese angel con pillerías de demonio que huye las estrecheces de una Academia, para hablar libremente un idioma de misterios inefables; eso que vuela sin tener alas, ilumina sin proceder de ningún foco; eso que es tan hermoso cuando es sol como cuando es sombra; eso que se vé y no se puede tocar, eso que se siente sin que sea posible trasladarlo á molde alguno para darle una cara, porque su esencia es la huida, el desvanecimiento, la esfumación; eso que me ha costado tantas palabras, si haber en realidad dicho nada; eso que ninguno de vosotros habeis comprendido, pero que todos habeis experimentado, eso, es la poesía.

El que busque la poesía en otra parte no la encuentra y cae en la categoría de los estigmatizados por Trueba:

«Vulgo que no ves nunca
 flor si no nace
 día si no amanece
 sol si no sale.
 Estas canciones no oigas
 que estas canciones
 gustan al que las siente
 no al que las oye.
 La poesía eres tú, ¡oh Euskal-erria!

Arboledas seculares
mansos ríos, claras fuentes
auras puras, montes altos
vallecitos siempre verdes
casas blancas, torres negras
mares agitados siempre
paz y alegría en las almas
santo sudor en las frentes
esto inspira mis cantares
y esto mi Cantabria tiene.

La Euskal-erria, no podía menos de haber inspirado á su erritarra; no se puede rozar las flores sin llevar partículas de su esencia en la vestidura; no se puede vivir en los imperios del sol, sin tener iluminada la cabeza; no se puede ver correr el Urola ó el Bidassoa, sin copiar su pureza ó sus cadencias; ni es posible mirar de frente al Pirineo sin contagiarse con su grandeza, sin amar las nubes azulosas que la coronan, sin extasiarse como águila ante el sol que envuelve la fecunda montaña en un cortinaje luminoso, especie de caricia inmensa y blanca con que el padre del día, bendice á la hija que con más gallardía se alza y se acerca á saludarle con un beso de sus selvas, de sus cantares y de sus fragancias!

El vasco es fatalmente poeta; sabe sentir hondamente y traducir sencilla y claramente su sentimiento. Miradlo cuando arropado en su traje nacional, chaqueta corta ó ancho zamarra, calzado con espartina, cubierto con la boina y armado con el makila, emprende la ascensión de sus montañas por un sendero de cabras, alegre, erguido, ariñ-ariña, esquivando con un cuerpeo los manojos de cerezas que le acosan ó los penachos de los castaños que le cierran el paso; ese vasco, esa gallardía en marcha, ese que escala peñascos al compás de un zortziko, ese rey el único de su sorlekua, ese heredero del patriarca de los pueblos libres, ese que sube, escala, brinca, aletea y triunfa, ese que llega siempre á donde quiere llegar, ese que no tiene otro miedo sino que el cielo caiga sobre su cabeza, ese es un poeta, mejor dicho, es la poesía; agur mutill: qué importa que la Vasconia no pueda presentar al extranjero una biblioteca repleta de poemas, idilios, epopeyas y dramas escritos; qué importa; más valen los dramas, epopeyas, idilios y poemas hechos y vividos; y tú mutill en cada canto pronuncias un poema,

en cada suspiro un idilio, en cada arranque una epopeya y en cada lágrima un drama; agur-mutill, la poesía eres tú.

No teneis poesía, nos dicen, tan sólo teneis kantoriak; no teneis poetas; tan sólo teneis bertsolaris. Eso es afirmar que no se puede servir un buen vino en una copa y sí tan sólo en una bordelesa; la verdad es que hay coplas euskaras que encierran tanta poesía como la Eneida y el Paraiso Perdido.

¿Que riñen con la retórica? y bien; nos alegramos; si precisamente nuestra historia no es más que una riña eterna contra toda suerte de fútiles cadenas; no las queremos, son nuestro coco tradicional, la llevamos en la sangre, esa rebeldía gloriosa, somos hermanos gemelos del arranoa de nuestras montañas, hemos nacido en la misma cuna de granito, sin más jaula que la inmensidad, nunca han conseguido poner cadenas en nuestras manos ni en nuestros pies, es simplemente una locura el pretender ponérnoslas en el pensamiento; no lo podrán, porque no le darán alcance; ya pueden lanzar tras él todos los galgos de la gramática; está de viaje en las alturas, paseándose por las cumbres, á donde no llegan sino las águilas á pedirle lecciones de aleteo y las tempestades á endulzar maternalmente las rebeldías fecundas de su naturaleza. Tenemos poesía, y por lo mismo, no queremos asesinarla, engolfándola en unos moldes que sudan el suicidio:

Pajarillo enjaulado
canta muy triste,
porque sólo está alegre
quien está libre.
Yo feliz pajarillo
rompí mi jaula
y á cantar vine en estas
libres montañas.
Hierro no sirvas nunca
paracadenas;
sirve para martillos
con que romperlas.

El vasco no sabe hablar sin poetizar. Apenas oye por la mañana el silbido dulcísimo de esa flauta encantada de los valles, del mirlo, del

chochoa, movido por un ímpetu misterioso derrama su corazón por la boca, con esta Egunsentia, de Artola:

La llegada de la aurora
¡cómo el alma regocija!
cuando la atmósfera encuentra
azul despejada y limpia.
Las estrellas poco á poco
á su aparición se eclipsan
y ya solamente un astro
en el firmamento brilla,
la luna, que al mar descende
lánguida, como dormida.
Los pajarillos comienzan
en su dulce algarabía
á saludar al que rige
tanta y tanta maravilla,
y mientras cantan, la noche
desfallece y agoniza
y alegrando cielo y tierra
aparece el nuevo día.
En tanto, allá en el Oriente
donde el espacio termina
hermosa franja de plata
resplandeciente se inicia
y el astro del día asoma
del monte en el alta cima. (1)

Del espectáculo de la naturaleza, salta al hogar:

«Ikusten duzu goizean
Argia asten denean
Mendicho baten gainean,» etc.

(1) Por lo clásico lo real y lo sentido, todos los geniales poetas disputarían la fraternidad de esa composición, desde Homero á Guido y Spano.

Luego se interna en los bosques, como señor que se complace en recorrer su señorío y allí la inspiración le asalta de nuevo:

«Arboletan den
ederrena da
oian beltzean
pagoa
Itzak ederrak
ditugu baiñan
bertzetan degu
gogoa».

Todas sus manifestaciones encarnan un sentimiento; para él ni el cielo ni la tierra son hermosos sino después de rociarlos, vestirlos, adornarlos con unas goticas rojas del corazón; todo lo que han de noble y de santo pasa por su corazón primero y después trasládase á una nota, de la nota va al aire, y el aire, metamorfoseado en músico, se interna en las arboledas tarareando un preludio; los árboles se despiertan, se agitan, rumorean, estallan; los ecos de mil peñascos responden y se entabla un concierto colosal, que tiene armonizado al país vascongado en una perpetuación de amores y de poesías; aquello, es la antesala del Paraíso.

Cantar el amor humano; creo que en ningún idioma se habla tan decente, tan castamente como en el nuestro, de ese sentimiento tan frágil como bello. Si el cántabro ensalza el amor, es empezando por dar un consejo:

«Eperrak kantatzen du
goizean goizetan
ez asko fiyatzeko
mutillien izketan
Fiyatzen ba zerade
mutillen izketan
eroriko zerade
arri labauetan».

No es menos significativa la lección que dá el autor del Libro de las montañas en esta estrofa:

«En ti, virgen sin mancilla,
 pensaba yo esta mañana
 vagando en las arboledas.
 Cuando las aves alzaban
 al que hace brotar las flores
 el canto de la alborada.
 Y holgué de no haber tocado
 jamás tu mejilla casta,
 al oír á un pastorcillo
 que cantaba en la montaña:
 Rosas en la cara tienes
 y no me atrevo á tocarlas,
 porque el olor de las rosas
 si se las toca, se marcha».

Encarrilado de esta suerte, dá rienda suelta á sus afecciones, en camino tan escabroso, su misma nativa nobleza, lo ha armado caballero, y aunque su vida entera sea un grito interminable á su maitea, jamás hasta hoy, un vasco ha llegado, no digo á insultar, ni siquiera á empañar la santa delicadeza de una mujer; en nuestro idioma no se compondrán nunca zarzuelas de género chico y de vergüenza más chica todavía; nunca seremos autores de operetas ó de vaudevilles; somos poetas y la poesía, virgen de vestidura inmaculada, no se encuentra á gusto, sino sobre el pétalo lilial de una copla, ó en los valles amenísimos de mi Artzain mutilla.

Dadle pues, rienda suelta, cuando canta sus amores; su ingenuidad, su sinceridad y su hidalguía, no le inspirarán sino bellezas de legítima alcurnia y no ese frou-frou de majestades compradas ó falsificadas, ésas caretas de oropel, esos ramilletes de papel que disfrazan un crimen ó una tontería.

Recordará á su amada, exclamando:

«Maitecho bat dadut nik
 baiñan urrunsko.
 Beldur naiz kanbia dadin
 ni ara orduko».

ó bien con lo otro:

«Ume eder bat ikusi nuben, Renteriako kalean».

La saludara diciendo:

«Urso churia
errazu
norat joaten
ziren zu».

La despedirá con un:

«Adios izar ederra
adios izarra
zu zare aingerua
munduan bakarra».

Y cuando quiera pregonar los santos afectos del hogar, entonará:

«Nere andrea, andre ona
Gobernu ona du etchean.
Artzen duelarik here alaba
Mari-Katalin altzuan».

El vasco tiene un culto especialísimo á la vida de familia, por eso todas las idas y venidas que la civilización le obliga á dar por el mundo, no son más que círculos más ó menos grandes que va dando al rededor de su centro, de su corazón que ha quedado clavado en el lejano hogar; la única escena que no le desilusiona, es su terruño, tibio eternamente de los abrazos de su idolatrada madre y de las cenizas sagradas de sus abuelos:

«Egia alde guzietan
toki onak badira
bañan biotzak dio
zoaz euskal errira».

por eso también lleva oculto este juramento en el alma:

«Naiz ez den gaztelua
maite dut nik, sor lekua,

Aiten aitez autatua.
Etchetik kampo zait iduritzen
nonbait naizela galdua.
Nola an banaiz sortu
an utziren dut mundua
galtzen ez badut sentzua».

Es que allí reposa la única felicidad proclamada por Antón el de los cantares:

«Felices los que tienen
susepultura
donde padres y hermanos
tienen la suya.
Tienen la suya
refrescada con lágrimas
que no se enjugan».

Es que allí, está en vela, centinela que guarda intacto y fragante el Paraíso de nuestros más santos recuerdos, aquella mujer eternizada por Iparraguirre:

«Adios nere biotzeko
Amacho maitea,
laster etorriko naiz
kontsolazaita».

Esa mujer que prima sobre todas las grandezas de la vida, como aurora que corona todas las magnificencias de un paisaje; esa para quien

«Cantaba un poeta: Madre,
que el dulce nombre pronuncias
del hijo de tus entrañas
en esas horas de angustia
en que un angel das al mundo
ó das tu cuerpo á la tumba.
Si una corona de gloria
ciñera mi frente augusta

yo la arrancaría de ella
para ponerla en la tuya».

Esa á quien un vasco en desgracia, sufriendo persecución por la justicia, quiere ahorrar hasta la noticia, porque

«Negar egin lezake
nere amak baleki».

trató poco menos que como conspirador; no tengo derecho á que todo el mundo conozca mis ideas, soy un ilustre desconocido; ni lie estudiado cirugía para abrir los oídos de un reporter que no los quiera tener abiertos; pero me complazco ante esta distinguida asamblea, en confesar que hallareis muy pocos que me ganen en cariño y admiración por la inmortal España; lo poco que he estudiado y razones personales y de familia me obligan dulcemente á ello; sólo que tengo bastante criterio, para distinguir entre una nación y los políticos que la zarandean. No proclamamos desmembraciones ó separaciones, ni mucho menos vamos á la guerra; lo confesamos bien alto en el Gernikako Arbola:

Gerrarik nai ez dugu
pakia betiko
gure lege zuzenak
emen maitatzeko.»

No queremos odios; eso es indigno de nuestra alma, queremos simplemente justicia y mientras no la consigamos. ningún hombre de sentido común nos impedirá que clamemos:

«A la sombra de un árbol
de nuestros valles
la libertad se asienta
diez siglos hace.
Quien ese árbol bendito,
profane ó hiera

más brillante, más joven y más buen mozo que nunca. La tristeza no puede echar raíces en nuestra alma; me atrevo á decir que un vasco

tristón es un vasco renegado. En prueba de lo dicho, voy á leeros unas sátiras, de esas finas que no hieren, porque se resuelven en un desgranamiento de carcajadas; oigamos á Trueba:

«Según la fábula dice,
aun no acabado el jaleo
de la boda, perdió Orfeo
á su mujer Euridice;
y echándolo todo al cuerno,
en pos de su dulce encanto
corrió tanto, tanto, tanto
que no paró hasta el infierno.
Hay quien dice que fué bestia.
Orfeo como ninguno,
pues, por hembras no debe uno
tomaase tanta molestia;
pero ¿al mes del matrimonio
hubiera el músico tracio
corrido tan largo espacio
por su mujer? Un demonio!»

Con todo no es exclusivista en sus dardos, porque tiene la entereza de no recargar espaldas ajenas con responsabilidades propias; por lo cual, remienda la anterior canción con la siguiente:

«Hurtando el fruto vedado,
Adan nos fastidió mucho;
Y nos fastidió menos
Eva induciéndole al hurto.
La humanidad, desde entonces,
Disputa muy á menudo,
Sobre cual de los dos sexos
Es en maldad más fecundo.
Válgame Dios, qué manía
De desperdiciar discursos.
Los hombres y las mujeres
son la gente peor del mundo».

No le queráis mal, señoras, al autor de esas bromas: es el mismo que ha dicho de vosotras toda la verdad con la más exquisita galantería:

«Las niñas del extranjero
llevan ojitos de tierra,
sólo en Cantabria las niñas
ojitos de cielo llevan».

Una de las pasiones nobles que el vasco haya poetizado es su amor entrañable á la libertad de su suelo, de sus queridas montañas, de sus purísimas costumbres, de sus santas tradiciones, de sus leyes milenarias. Y, ¡asombraos! ese amor, ese deber, es el que más á menudo se le echa en cara como una traición, como un crimen, como una vergüenza. Recuerdo que en una ocasión análoga á la presente, canté con mi humilde voz, esa eterna aspiración del euskalduna de regirse según unos fueros reconocidos y jurados por el rey más absolutista é imperialista de la edad media, por el gran Felipe II.

¡Divinos sentimientos que habeis sido por su belleza, energía y constancia, las verdaderas raíces de nuestra inmortalidad á través del oleaje de la historia, ojalá no os borreis jamás en el alma euskalduna!

No creais, sin embargo, que tenemos un carácter gimoteador y llorón, no; hay pocos espíritus tan naturalmente joviales como el nuestro. El vasco es filósofo por instinto, y no hay en la vida catástrofe capaz de aplastar su alma en un definitivo encurrucamiento; hasta sobre las tumbas más queridas pronuncia una sentencia consoladora que parece fatalista y no lo es: porque va amasada en su fé inquebrantable de cristiano: «A la bearra». Así debía de ser; es el destino; pero un destino destinado, según lo proclamó el autor del himno:

«Jaungoikoak berak naidu
ni arat joatea
Ama zertarako da,
negar egitea».

Ha copiado además en su modo de ser y de sentir las escenas que se suceden en el grandioso cinematógrafo de sus montañas; é sabe que si se despeña un torrente es para engendrar toda una familia de arroyuelos, y que si una nube encapota la cumbre, es el sol que oculta su

pudor, en los instantes en que renueva su toilette, para aparecer después:

de Dios y de los hombres
maldito sea»

Debo concluir. Desearía que algún intelectual vascongado defendiera nuestra literatura, haciendo brillar su cortejo de constelaciones, de manera á hacer ver la verdad á los mismos ciegos por sistema; no debemos permitir que se nos arroje ningún guante, sin que lo recojamos al momento, dando á entender á nuestros adversarios interesados ó ilusos, que no se nos ofende impunemente, porque poseemos la verdad, en cuyo honor:

«Armatuak baikare
leoinaren pare».

Hago votos, señores, para que estos hermosos recuerdos de la montaña, tan débilmente evocados por mi palabra, nos alienten á ser y á parecer lo que en una de sus más tiernas poesías ha deseado Pello-Mari:

«Itz baterako au da
eskatzen aizuna:
izan zaitez nonnai ta
beti, Euskalduna».

F. R. LAPHITZ.

Buenos Aires, Julio 1906.

